

tal como dicen que lo hace en Italia el hombre de quien don Primo de Rivera parece copia y fiel trasunto.

SALATIEL ROSALES

México, marzo, 1924.

La protección al artesano

EL artesano no es simplemente el obrero manual, como explican los diccionarios y significa en el lenguaje corriente. El obrero industrial moderno, el asalariado que trabaja en la fábrica, no es un artesano. No pueden buscarse dos términos más contradictorios en la esfera del trabajo que los de obrero fabril y artesano. Los de capitalista y obrero no lo son tanto, porque ambos forman parte de un mismo mundo: del mundo de la gran industria. El obrero fabril es un asalariado; el artesano es un trabajador libre, emancipado ya o que no ha sido sorbido por la ancha sima de la producción industrial. El obrero fabril es una víctima de la división del trabajo; sólo le está encomendada una operación, a veces insignificante, en todo el proceso de la producción. El artesano planea, elabora y remata el producto y goza con ello las delicias de la creación y contemplación de la obra concluida. El obrero fabril entra en el gran anonimato de una fábrica como el niño en el orfanato de un hospicio. El artesano no es un anónimo; tiene firma y puede disfrutar fama personal, a veces muy subida. El obrero produce en cantidad; el artesano pone su honra en la calidad. Por esto el artesano representa, dentro de los oficios, un rango muy cercano al del artista, la aristocracia del trabajo manual. En la artesanía es donde quedan las más puras tradiciones profesionales, las mejores virtudes técnicas y un concepto del trabajo más familiar y personalizador.

Hubo un tiempo en que se creía a pies juntos que el pequeño taller del artesano era un obstáculo para el progreso industrial. Era un error; pero hubiera sido indiferente que se creyera lo contrario. La industria, una vez puesta en marcha, empieza su trabajo de concentración y cuanto se le opone queda triturado entre sus engranajes. ¿Cómo iba a resistirse el pequeño taller a la gran fábrica, que absorbe todas las demandas de obra y todos los obreros? Así fué desapareciendo la artesanía, la perfección de la obra, las tradiciones técnicas y la penetración del espíritu en lo manual. Pero ya parece que empieza a pensarse en la necesidad de sostener al artesano, de alentarle y de multiplicar sus talleres, no solamente de con-

servar los que hayan podido resistirse por sí mismos al torbellino de orador de la gran industria. ¡Quién sabe si la crisis fabril del mundo será favorable a esta resurrección de los antiguos oficios!

Hasta ahora se ha dejado abandonado al artesano a sus propias fuerzas, mientras han recibido el más decidido apoyo del Estado todos los otros ramos de la producción. Existe el crédito agrícola en muchos países; buen número de industrias reciben ayudas financieras y ventajas de otra naturaleza; las instituciones adyacentes a la gran industria, como las sociedades obreras de producción, las cooperativas de consumo, son asimismo protegidas por el Estado. Existe una enorme diferencia entre la atención dispensada a una y otra forma

de trabajo. Pero ya el Parlamento francés acaba de aceptar dos proyectos de crédito financiero a favor del artesano. Los anticipos instituidos son de dos clases, colectivos o individuales, siempre a larga fecha. Los colectivos se concederán a sociedades cooperativas de compras y ventas en gran escala integradas por artesanos; los individuales, destinados a favorecer la constitución y compra de primeras materias y herramientas en talleres de pequeña importancia. La cantidad destinada a este crédito es pequeña; pero el hecho significa un paso hacia el reconocimiento y rehabilitación del artesano, síntoma acaso de una nueva concepción de una industria más humana y personal.

(El Sol, Madrid)

Página lírica

De Eduardo Uribe

FANTASIA I

Fragante a nardo te soñé. Venías por serenos caminos; leve y elástico el andar: cual si en la nieve se posare tu pie... Me sonreías como invitándome a seguirte: eras la misma que el destino quiso que un día conociera; y al decirte una frase de amor, profundo hechizo ungiéranme tus ojos... Un instante no más nos encontramos en la vida, y mi alma desde entonces sacudida por tu recuerdo ansiábase anhelante... ¿Qué rumbo innumerable por sendas de dolor o por divinos y triunfales caminos condúcete, Mujer invulnerable?... En vano fué que te buscara: fuiste visión alucinante, fugitiva... En el lejano encuentro detuviste tu paso, misteriosa y sugestiva; y al avanzar hasta tu lado en rebelión severa mi audaz impulso fueme castigado con tu mano fragante a Primavera...

Eras la misma del lejano encuentro: los árboles en éxtasis; la senda silente; voluptuoso centro para elevar nuestra amorosa tienda era el jardín remoto; había en tu semblante vago, ignoto misterio ultraterreno... Eras más fina; más esbelta; pálida cual si la luna hubiérase dormido en tu cuerpo con visos de crisálida; apenas dibujábase tu seno tras el lívido velo del vestido... Cuando a tu lado fuí, sin inmutarte recibiste mi trágica visita de grotesco muñeco: y con voz temblorosa, al preguntarte tu nombre, respuesta inaudita estremeció mi ser... Un viento fuerte

denso y sombrío repitióme el eco de eternidad: ¡eras la Muerte!...

FANTASIA II

Soñaba que un camino interminable y hostil, yo recorría: tembloroso y débil como niño irresponsable, mis ojos concentraban doloroso estupor... Y mi paso apenas era, bajo el palor de eternidad y noche, de aquella senda pálida y austera, demarcación imperceptible... Lento era el avance y el camino cruento, y en él me torturaba sin reproche... —Alma, viajera núbil, ¿qué persigues por esta zona lúgubre?— me dijo una voz inquietante.—Do tu sigues todo el dolor concéntrase...

—¡Exijo una más amplia explicación! Responde la cavernosa voz:—Yo soy la ruda fascinación; quien mi misterio ahonde sabrá que el vicio mi poder escuda; tiéndeme el Hombre sus endebles brazos y ciego se deleita en mis festines; yo doy la vana gloria; los fracasos... Soy el burdel, los negros cafetines; soy la lucha soberbia; la desidia aduérmese en mis lánguidos regazos; soy el imperio loco de la envidia... —Y tu nombre, ¿cuál es?

—¡Yo soy la Vidal Y siguió por la vía sacudida el Alma de dolor y vicio; Inerte el corazón, cansados los sentidos sentíalos el pálido viajero; y triste y extenuado, el derrotero interminable andábalos...

—¡Detente! Otra voz le gritó:—¿Buscas la calma que robustece y enaltece al alma? ¡Oh pálido viajero, sorprendente oasis alucinante, en tu camino será mi reino sideral, divino... En mí hallarás la paz; la vida vana mi bóveda infinita no profana...! Y pregunté:—¿Quién eres, oh clemente deidad de encantamiento?... —¡Soy la Muerte!

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.